

Josep Fontana, *La historia de los hombres: el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002, 240 páginas.

María Elena Rodríguez

Universidad Nacional de Córdoba
Universidad Católica de Córdoba

Este trabajo del historiador catalán resulta de un desmembramiento de otro mayor escrito con anterioridad, *La historia de los hombres* y tiene por fin de ofrecer, por un lado, un análisis crítico de las corrientes historiográficas desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la actualidad, en tanto que por el otro, intenta proporcionar una serie de propuestas para la reconstrucción de “una nueva historia económica y social adecuadas a las exigencias y a las necesidades de nuestro tiempo” (p. 7).

En el prólogo, el autor aclara que, para abreviar y simplificar, ha eliminado el aparato de notas del original y ha limitado las referencias bibliográficas a una lista final en la que se mencionan los libros más importantes que ha utilizado para escribir esta obra, capítulo por capítulo.

El libro está organizado en ocho capítulos, en el primero de los cuales Fontana analiza el agotamiento del modelo académico tradicional con sus deseos de objetividad científica, provocando una crisis que se intensificaría luego de la Gran Guerra, más precisamente en el período de entreguerras (1918-1939), cuando el mundo se vio afectado por una serie de cambios y la ciencia dejó de ser una fuente de certezas inmutables. Esos cambios que conmovieron a la sociedad, generaron nuevos problemas y desafíos para los cuales los historiadores académicos parecían no tener las respuestas más adecuadas, quedando en evidencia la cuestión de cuál era entonces la utilidad de la historia.

El capítulo dos está dedicado al movimiento de reforma y de cambio que surgió como réplica a la insatisfacción provocada por el viejo modelo de historia circunscripto a los hechos protagonizados solamente por reyes, militares y generales, es decir a las clases dirigentes. Precisamente de ese movimiento surgieron una serie de corrientes que compartirían el deseo de integrar en el relato no sólo los datos relacionados a la actividad económica, tales como al trabajo, la subsistencia, la producción y los intercambios, sino también al objetivo de ocuparse del conjunto de la sociedad. No obstante, a pesar de estos elementos comunes que compartían, estas corrientes tomaron caminos diferentes según los países y las escuelas. Es interesante destacar que Fontana afirma, tal como ya lo había planteado en el prólogo, que este retorno a la idea de sumar lo económico con lo político y lo cultural, “deja entreabiertos los caminos por los cuales la historia económica y social vuelve a convertirse en una herramienta de análisis y comprensión de la realidad, válida para el presente” (p. 59).

En el capítulo siguiente se desarrolla lo que Fontana denomina la “invención del marxismo”, acaecido en el paso del siglo XIX al XX, y que consistió en la transformación de lo que en el objetivo de Marx era un método de investigación, en una doctrina que tendió a la simplificación y al dogmatismo, que se agudizaría con el triunfo de la revolución bolchevique, debido a la necesidad de propagar en el conjunto de la sociedad los principios que fundamentaban el nuevo modelo de organización impuesto a partir de 1917.

En el capítulo cuatro, Fontana hace notar que a lo largo del tiempo, las distintas versiones del pasado se han correspondido con alternativas políticas diferentes, lo que ha llevado a verdaderas “guerras de la historia”, como por ejemplo las que se produjeron en Francia en el siglo XIX en torno a las diversas maneras de interpretar la Revolución de 1789, o las que se tuvieron lugar en los años treinta del siglo XX, cuando se produjo el enfrentamiento entre el liberalismo y el comunismo y el fascismo, enfrentamiento que recrudeció durante los años de la Guerra Fría. Con estos y otros ejemplos más, lo que intenta el historiador catalán es demostrar que estas disputas tienen poco que ver con la ciencia y mucho con el contexto político y social en que se mueven los historiadores.

A lo largo del capítulo quinto, se hace referencia a los cambios ocurridos en el mundo durante los años sesenta del siglo pasado, cuando las nuevas generaciones pretendieron modificar la sociedad, al ver que las expectativas originadas por el triunfo sobre el fascismo en la Segunda Guerra Mundial y las esperanzas del desarrollo económico no se cumplían, y que por lo tanto no había más libertad ni más igualdad en un nuevo concierto cuya defensa había costado millones de muertos. Esta situación provocó cambios culturales significativos, de los cuales tal vez el más contundente sea el rechazo de la cultura establecida, que tendría características de protesta generacional. En el campo de la historia, la protesta de los jóvenes de la década de 1960 apuntaba contra la ortodoxia académica de la historia económica y social que habían desarrollado sus maestros, revalorizando el papel de la cultura. En ese sentido, Francia constituye uno de los casos más notables con el cual se puede ejemplificar la naturaleza y alcance de este giro cultural, reflejado en lo que se denomina la tercera generación de Annales, en tanto que en Gran Bretaña el giro comenzó con los historiadores marxistas británicos, entre los que se destacó E. P. Thompson.

En el análisis que de la situación actual de la historiografía se hace en el capítulo seis, se visualizan dos momentos claves, el primero de los cuales gira en torno al giro culturalista iniciado en los años sesenta, y al que ya se había referido Fontana en el capítulo anterior, en tanto que el segundo de esos momentos, que completa y culmina al primero, está centrado en 1989, año en que se produjeron de manera concomitante situaciones como el colapso de los regímenes del “socialismo real” del Este europeo, un renovado ataque a las interpretaciones de izquierda de la Revolución francesa al cumplirse su bicentenario, la publicación del artículo de Fukuyama sobre el fin de la historia y la del debate entre “vieja y nueva historia” en la *American Historical Review*, entre otras.

Es en este contexto donde, desde el punto de vista historiográfico, el autor se refiere a la microhistoria, advirtiendo que es valioso incluir algunos de sus instrumentos en la caja de herramientas del historiador, pero que limitarse a trabajar exclusivamente con este equipamiento, no lleva demasiado lejos. De igual modo, Fontana alude a la “historia oral”, la cual, si bien es de una gran importancia como parte del instrumental del historiador, no puede transformarse en una rama científica con sus propias reglas. Una especial mención hace el autor a lo que él llama la “amenaza global del postmodernismo” (p. 153), destacando que lo que hace la historia postmoderna “es reconocer que cada historiador construye la interpretación del pasado de acuerdo con sus métodos y principios, lo que es perfectamente legítimo, siempre que no piense que está encontrando

verdades objetivas y que sus métodos son de validez universal” (p. 157). Por otra parte, Fontana sugiere que sería conveniente que desde la perspectiva de la historia postmoderna, se explicase cómo se puede hacer una historia postempírica, de la cual no hay hasta el momento ningún ejemplo conocido, ya que sus adherentes se dedican a la teoría sin brindar ninguna muestra de cómo entienden esta historia preservada de los defectos de la modernidad.

En el capítulo séptimo, el autor sostiene que uno de los mayores desafíos de la historia a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y en los comienzos del presente siglo, es el de dejar de lado el esquema tradicional que explicaba el progreso humano en términos eurocéntricos y que tenía como principales actores a los grupos dominantes, tanto políticos como económicos, de los países desarrollados, dejando a un costado de la historia a los grupos subalternos y a la mayor parte de las mujeres. Esto constituye un problema que, según Fontana, debe ser estudiado desde un doble punto de vista: el de la exclusión de los pueblos no europeos a nivel de las historias universales o mundiales, y el de la exclusión social de gran parte de la población, particularmente de las mujeres y de las clases subalternas, a nivel de las historias nacionales de los países desarrollados.

En ese sentido, la primera de las reivindicaciones propuestas fue la de los grupos sociales excluidos, respecto de las que Fontana sostiene que su integración en el relato general es aún un objetivo a lograr ya que se trata de la recuperación de historias marginadas realizadas fuera del cuadro general que ofrecen las explicaciones globales, con un carácter, además, eurocéntrico. Otros excluidos son los pueblos que no pertenecen a la cultura dominante europea, cuyas sociedades y culturas se las mostraba como dormidas en el tiempo hasta que la colonización las introdujo en el esquema de la modernización. Al respecto, el eurocentrismo dominante ha influido de manera perjudicial en las nuevas historias autóctonas debido a que las historiografías del sur de Asia, de África y de Latinoamérica han adoptado los modelos europeos, lo cual ha llevado a tratar de encontrar en el propio pasado aquellos mismos períodos que los historiadores europeos señalaban en sus respectivos países.

Finalmente, en el capítulo ocho Josep Fontana plantea la búsqueda de nuevos caminos a partir del desafío que representa para los historiadores el volver a comprometerse con los problemas del tiempo presente. Esto implica no solamente hacer una revisión del instrumental propio del oficio de aquellos que se dedican a la historia, sino también utilizar esos instrumentos para comprender mejor el mundo en el cual vivimos y ayudar a los demás a entenderlo con el propósito de mejorarlo.

La propuesta del autor es lograr una historia total que posibilite entender cómo funciona la sociedad, lo que no quiere decir que haya que buscar “leyes” que determinen su evolución ni que nos conformemos con descubrimientos puntuales que sólo interesan al reducido círculo de los historiadores. Por lo tanto, es necesario volver a tomar contacto con los problemas reales de los hombres y las mujeres actuales. Esa renovada historia total tendrá que ocuparse de todos los hombres y mujeres abarcando todos los espacios y todas las culturas, de este modo se podrán superar tanto el eurocentrismo como el determinismo.

En fin, como afirma Fontana en las páginas finales de este libro “hemos de elaborar una visión de la historia que nos ayude a entender que cada momento del pasado, igual que cada momento del presente, no contiene sólo la semilla de un futuro predeterminado e inevitable, sino la de toda una diversidad de futuros posibles, uno de los cuales puede acabar convirtiéndose en dominante, por razones complejas, sin que esto signifique que es el mejor, ni por otra parte, que los otros estén totalmente descartados” (p. 193-194).